

Julia Guillén

**MENCION HONROSA**

**CUENTO N°17**

**TÍTULO: UN CADÁVER MÁS O MENOS, DA LO MISMO**

**SEUDÓNIMO: JULIA GUILLÉN**

**AUTOR: ISABEL ANA HERNÁNDEZ**

## UN CADÁVER MÁS O MENOS, DA LO MISMO

Julia Guillén

Llegamos al punto donde había caído el avión, justo a mediodía. El aroma de la carne chamuscada nos había conducido al lugar preciso, como le ocurre a los carroñeros con algún cadáver disponible. En las cercanías, un individuo pálido y pequeño, enfundado en un abrigo negro, apuntaba algo en una libreta o hacía bosquejos de la escena. No nos quedó claro al principio si era uno de los nuestros, es decir uno de esos que siempre llegan antes sin dar a conocer jamás por qué caminos o gracias a qué fuente privilegiada de información.

Caminé hacia él. Apenas di unos pasos, me di cuenta de que no era personal de seguridad, ni siquiera de los servicios especiales. Esta vez la comandancia se había manejado bien con los del periodismo, o sea era imposible que hubiera llegado alguno a molestarnos.

Sentí curiosidad y, mientras la mayoría del grupo delimitaba el perímetro de la tragedia, colocaba las barras de aislamientos y comenzaba el despeje de rutina, empecé a acercarme con sigilo y desconfianza hacia el hombrecito. Desenfundé el arma, la destrabé, la disimulé bajo la chaqueta y procuré que ni él ni nadie descubrieran mi maniobra. Mientras lo observaba, todavía de lejos, comprendí que mis precauciones eran inútiles: el tipo seguía enfrascado en su libreta, ajeno a todo lo que podía ocurrir a su alrededor.

Sorteé unos matorrales y diferentes despojos todavía humeantes, expulsados desde el fuselaje del avión, y llegué sin ser visto hasta una escasa distancia de la figura. Con dos pasos largos me puse frente a frente y lo encaré:

-¿Quién es usted? –traté de disimular el tedio en los gestos, el automatismo trillado de quien lleva años practicando las mismas señas.

Creo que recién allí me vio y sólo en ese momento registró la presencia de los equipos sanitarios y policiales trabajando, gritando, superponiéndose, agitándolo y revolviéndolo todo.

-Ella no está allí... Dígame dónde está. Usted lo sabe, ¿usted tiene que saberlo! –me gritó furioso, fuera de sí, mientras señalaba con el índice la hecatombe del avión caído. Era un hombre más bajo y de una estampa más grotesca de lo que se podía observar desde lejos.

-Identifíquese –le grité-, ¡es una orden! –mientras tanto, saqué con la mano izquierda mi placa oficial del bolsillo opuesto y se la mostré. Mi mano derecha seguía oculta, empuñando la reglamentaria.

-Ni ella ni él están allí, porque iban juntos, uno al lado del otro y los dos asientos están vacíos. Mire, mire, aquí está el plano –y el hombrecito se desesperaba y agitaba ante mis ojos una libreta sucia, borroneada con múltiples signos indescifrables-. Yo vi los boletos, los escondía en su bolso. Eran los números 5-A y 5-B. Vi los boletos con mis propios ojos, antes que ella se fugara.

-¿Qué hace acá? ¿Cómo llegó? ¿Desde cuándo está aquí? Sólo tiene que responder a mis preguntas, ¿me oyó? –Respiré profundo y logré aflojarme un poco-. ¿Quiere un cigarrillo? Este frío es atroz y el olor a muerte...

-Usted debe saber por dónde huyeron y donde están ahora. ¡Dígamelo ya!

-¡Basta! Dime de qué hoyo saliste, cabrón –lo tuteaba con una mezcla de autoridad y desprecio, a punto de perder los estribos, le gritaba para que mi voz y mi impaciencia se impusieran sobre la confusión, el griterío, la hediondez, el ruido infernal, el humo.

-Ella lo sabe. Sabe que es mía y de nadie más, ¿me entiende? Que no se equivoque, ni usted, ni ella, ni él, ni nadie. No es una traición, es un error capital, un error que sólo desaparecerá cuando ellos dos dejen de respirar.

-¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Por qué medios llegaste hasta aquí? ¿O caíste del cielo? –hice un último esfuerzo para armarme de paciencia, pero es algo que me cuesta mucho con los trastornados; siempre he preferido a los asesinos: están dentro de las generales de la ley.

-Los boletos estaban en su bolso, sobre la mesa del living de mi propia casa y yo vi los números de los asientos, ¿me entiende?

-Ya se me acabó el aguante –le advertí con todo el convencimiento que pude-. No dejes que me ponga peligroso. Soy muy duro.

-Yo lo sospechaba. Lo entendí cuando vi los boletos y decidí adelantarme y esperarlos aquí cerca, en el aeropuerto. Pero escaparon, y usted sabe dónde están ahora. Eran los números...

-¡Basta de idioteces! Carajo, ven conmigo.

Fue en ese momento que el hombre inauguró una nueva cara, una cara todavía más desencajada que la que hasta ese momento me había mostrado. Se abalanzó con una destreza impensada sobre mí, al punto de rozarme el mentón pese a su pequeña estatura, y sujetó con fuerza las solapas de mi chaqueta con las dos manos. Con furia creciente espetó:

-Si no me dice por dónde escaparon...

Forcejeé, me esforcé por alejarlo de mí, pero mi mano derecha se crispó instintivamente hasta apretar el gatillo. La bala salió por la solapa izquierda de mi chaqueta, atravesó el puño y la mejilla y se instaló en su cráneo. El hombrecito cayó al suelo.

Lo miré con hastío.

Me eché al hombro la chaqueta arruinada, enfundé la pistola y volví hacia la comandancia del equipo de rescate, que seguía en su tarea de cuantificar cadáveres. Los vi extender las barreras de contención y ampliar el perímetro del siniestro hasta incluir el cuerpo del hombrecito.

Julia Guillén